

CAPITULO LXII.

Cómo ninguno quería entrar en aquel castiello, é entró Tranquer, é cómo despues le ayudaron todos.

Todo aquesto ya hecho con el castiello, cuando los de la hueste vieron que los moros por aquel lugar do le tenia el conde de Tolosa no salian, hobieron su acuerdo que harian de la otra parte do posaba Boymonte, que salian los moros mucho á menudo por allí, é hacian gran daño en la hueste; é sobre eso acordaron que hiciesen un castiello de aquella parte do ellos posaban, tamaño como aquel que hiciera el conde de Tolosa; mas el obispo don Juan, que era muy sabido de guerra, conocia los moros é entendia muy bien su lenguaje, é sabia por cuál manera los ternian mas apremiados, porque non pudiesen salir á hacer daño en la hueste, aconsejóles que lo que habian de hacer en otro lugar, que lo hiciesen en derecho de una puerta de la villa, do habia un monesterio antiguo que fuera de cristianos, é era de muy fuerte labor de cal é de canto, é que les seria muy gran ventaja para aquello que ellos querian hacer, ca sobre aquella labor podrian ahina labrar é bastecer todo lo otro; é desde fuese hecho, que estuviere en él algun hombre bueno dellos con tanta compañía, que pudiese vedar la salida á los moros. Todos lo tovieron por bien é loaron aquel consejo, mas non hobo ninguno que dijese que estaria en él. Cuando esto vió el buen obispo de Puy, tornóse á Boymonte é Tranquer, é dijoles que por eso callaban todos, porque tenian que este hecho mas convenia á ellos que á ninguno de los otros. Estonce dijo Tranquer que non viniera allí sino por servir á Dios; é por ende, que aquel hecho él lo queria tomar; mas que rogaba á los otros que le ayudasen, porque él lo pudiese bien hacer. Ellos otorgaron que lo harian; cada uno de ellos le dieron de su dinero, é lo ayudaron d'aquello que pudieron. Desde aquella fortaleza fué labrada, metióse hi Tranquer con gran compañía de caballeros é de hombres de pié; é de tal manera tovo él retraidos é arrinconados á los moros, que de allí adelante non osaban salir á la hueste á hacer daño como solian, pero á las veces salian é combatíanlos, é él hacia sus escaramuzas con ellos, en que le ayudaba Dios; así que, los vencía é era siempre bien andante.

CAPITULO LXIII.

De la gran cabalgada que hizo Tranquer en los ganados de la cibdad.

Otro dia por la mañana, desde los moros de Antioica vieron que aquellas dos fortalezas habian hecho los cristianos, entendieron que á ninguna parte podian salir que á su daño non fuese, é hicieron dos cosas: la una, que tomaron las bestias é aquel poco de ganado que les quedaba, é enviáronlo á paecer á las montañas en las mas fuertes que habia, é hicieron camino por do les trujiesen por hi todo lo que hobiesen menester, porque non hobiesen que descender ayuso al llano; la otra fué, que enviaron á los de la Camela, é de Domas, é de Halapa, é de Balvet, que les veniesen á ayudar é que les trujiesen viandas; é los cristianos hobieron desto noticia, é tomaron su acuerdo cómo harian á cada una

destas cosas, é acordaron de dar hombres á caballo é de pié é ballesteros muchos, que fuesen á los que guardaban el ganado en la montaña, é que gelo tomasen, é ficiéronlo así; los de pié fueron dos mill, entre ballesteros é otros, é los de caballo docientos, é fué con ellos Tranquer, é guiólos Pedro de Roax entre la montaña é la villa, é dieron hombres que los corriesen, é ellos metiéronse en celada, é los moros pensáronse acoger á Antioica, é salieron los cristianos que yacian en la celada, é tomáronlos todos á vida los que quisieron, é los otros mataron. Tanto fué á gran daño de los moros aquella cabalgada, que todas las bestias que habia en la villa, tan bien las de cabalgar como las otras, é otrosí los ganados, todo lo perdieron aquel dia, sacando los caballos é otras pocas bestias de los hombres honrados; é aun sin todo esto, se tornó á los cristianos gran provecho, que los hombres se esforzaban de ir en cabalgadas, lo que ante no hacian, é tomaron osadía de entrar en las montañas, é allá dentro tener las carreras, lo cual non solian hacer. Esto fué muy grande quebranto á los moros de Antioica, é de otra parte que les llegó respuesta de aquel acorro por que enviaran, que non lo habrian; que claramente les enviaron á decir aquellos á quien habian enviado sus cartas que los acorriesen, que non los acorrieran; que de todas las gentes que les enviaban muy pocas les tornaban allá.

CAPITULO LXIV.

Cómo los honrados hombres se ayuntaron en la tienda del duque Gudufre cuando no se acordaban, é cómo Boymonte tomó el pleito sobre sí, é de lo que hizo.

Soldanes é grandes reyes eran aquellos á quien los de Antioica enviaron demandar acorro; mas, como quier que non los quisieron acorrer, todavía enviaban sus mensajeros á la hueste á hurto, que supiesen barrunto qué querian hacer los cristianos, é pecharon entre sí muchos dineros á armenios é á surianos é á otros malos cristianos que hi andaban, que les hiciesen saber el hecho de la hueste; é ellos supiéronlo hacer de manera, que muy pocas cosas hacian los cristianos que ellos non supiesen; é por esto fueron tan tristes los hombres buenos de la hueste, que se ayuntaron en la tienda del duque Gudufre, é comenzaron á hablar entre sí de lo que harian; los unos se acordaban en que hiciesen escodriñar por toda la hueste, é los que hallasen que traian barbas luengas que los prendiesen, hasta que supiesen cómo andaban; los otros decian que non era bien; que de muchas partes venian hi mercaderes é otros hombres que traian barbas luengas, que les traian lo que habian menester, é si algunos habia malos, que los otros que eran buenos, é si les hiciesen mal, que escarmentarian, que no querrian mas venir; é otros habia que decian que pregonasen por toda la hueste que cualquier que supiese que algun anaciado andaba hi ó otro hombre encubierto, si non lo dijese, que perdiere el cuerpo é la hacienda; é en esta manera non se acordaban en ninguna cosa; é Boymonte, cuando los vió así desacordados, dijoles que este hecho dejasen sobre él, que él lo escarmentaria sin dar pregon ni hacer otro ruido, de forma que non osaria hi ninguno venir. Cuando ellos esto oyeron, plúgoles mucho é hiciéronlo así; é él puso con

ellos que otro dia, en la noche, enviasen á su posada, é verian el escarmiento que él hacia sobre este hecho; é luego que esto les hobo dicho, fué para su posada, é mandó á su compañía mucho en secreto que tomasen seis moros cativos de los que él tenia, é dijiesen que eran espías, é hizo que lo otorgasen los moros, é tóvolos desta manera hasta otro dia en la noche, que fueron ayuntados hi los mensajeros de los hombres honrados de la hueste, así como lo habian puesto con él; é estonce hizo traer aquellos seis moros ante sí, é los que los traian decian que eran espías, é los moros mismos lo otorgaban; é estonce hízolos desnudar de todos sus paños que traian, é mandólos atar de piés é de manos sobre unas varas muy fuertes, é mandólos degollar, é despues hizo hacer gran fuego é traerlos á derredor sobre él é asarlos; é cuando esto vieron aquellos mensajeros de los hombres honrados que hi estaban, fueron ende muy maravillados, é preguntáronle que cómo pudiera saber que eran espías, é él dijoles que un su adevino gelo dijiera; que tan secreto non lo podrian hacer, que lo él luego non supiese; é ellos, cuando esto oyeron, fuéronse cada uno á sus posadas, é contáronlo á sus señores, é desta manera fué sabido por toda la hueste; así que, non quedó hi hombre, grande ni pequeño, que todos no viesen á la posada de Boymonte por ver aquel hecho, é á cada uno hacia él decir en qué manera lo supiera; é desto fueron muy espantados los moros, que bien de cien espías que hi andaban, non osó quedar ninguno, que todos non se fuesen esa noche, é contábanlo á los otros que hallaban por do quier que iban; así que, despues nunca osó hi venir ninguno.

CAPITULO LXV.

De la gran fatiga en que se veian los moros de Antioica.

E despues que los moros de Antioica fueron encerrados, así como ya oistes, que non podian entrar ni salir de la villa, de parte de las montañas ni por el llano, víéronse en muy gran cuita, que de la una parte les menguaba cada dia aquello que tenian é de la otra parte veian que los cristianos andaban muy seguros por toda la tierra, é iban á las villas é á los castillos que habian ganado, é hacian venir récuas con todo lo que habian menester; é demás, era ya venido el tiempo del verano, é venian las naves de cada parte, que les traian muy grande abasto de viandas é de caballos é de armas, é otrosí los cristianos salíanse de la hueste, é iban á las villas é á los castillos que habian ganado, é hacian venir récuas con todo lo que habian menester; é muchos dellos, que se fueran por la gran carestía, é por la pobredad que habia en la hueste, venian entonces aparejados de caballos é de armas. E Baldovin, hermano del duque Gudufre, que habia conquerido á Roax é á los otros lugares que ya oistes, habia oido la gran mengua é la pobreza que en la hueste habia; é todo aquel tiempo pasado non hacia sino guarnescerse de caballos é de armas, é de viandas é de todo lo que habian menester para lo acorrer. E desde que vió que entraba el verano, envió á la hueste sus récuas muy grandes de viandas, é partió por los hombres honrados sus viandas, é otrosí envióles sus

dones muy ricos, é á su hermano el duque Gudufre dióle la renta de toda la su tierra por dos años, é envióle luego en presente cincuenta mil marcos de oro. E un rico hombre de Armenia, mucho honrado, que era con Baldovin, que habia nombre Nicoxes, é era mucho su amigo, envió al duque Gudufre una tienda, la mayor é mas rica que viesse hombre á aquel tiempo, é de la mas extraña facion. E aquellos que gela traian, cuando fueron cerca de una villa de otro rico hombre de Armenia, que habia nombre Pancras, salió á ellos al camino, é tomógela, é hizo della presente á Boymonte. Los mensajeros de Nicoxes, cuando aquello vieron, fuéronse para la hueste é contaron al duque Gudufre cómo habian perdido aquella tienda; é él, cuando lo supo, pesóle muy de corazon, é tomó al conde de Flándes, en que se fiaba mucho, é fué con él para do posaba Boymonte, é sacóle á una parte, é rogóle mucho ante el Conde que aquellas cosas que él tenia, que eran suyas, que gelas diese; é Boymonte respondió que de lo suyo non tenia nada mas que aquella tienda, que gela enviara un rico hombre su amigo, é que le parecia que non debía á él pesar, ni él tenia por qué dejar lo que le enviaban en presente. Cuando esto oyó el duque Gudufre, parecióle que gelo levaba como en manera de pleito é de revuelta, é fué muy sañado; así que, todos fueran maravillados cuantos le conocian por qué tan gran saña mostraba contra Boymonte, que veian que non lo debía hacer, por dos razones: la una, porque los hombres no sabian al Duque ninguna manera ni costumbre en que le pudiesen trabar; é la otra, porque Boymonte era mucho su amigo. Mas el Duque era de gran corazon, é parecióle que aquello que le hacia era como manera de soberbia porque le habia tomado lo suyo é lo queria tener sin su placer; é por ende, tenia que non lo debía sufrir por ninguna manera. E sobre eso dijo que en todas maneras que la tienda le darian ó la tomara él. Cuando Boymonte vió que non se podia partir de dar la tienda al duque Gudufre, ó de venir con él á gran denuedo, hobo su consejo con el conde de Flándes, que era mucho amigo de amos á dos, é tovo que era mejor de dargela que non de perderse con él por ella. E demás, porque entendió que si alguna desavenencia hobiese entre ellos, que se podria por hi perder todo aquel hecho que tenia comenzado. E Boymonte, como era hombre entendido é de buen seso, quiso guardar estas cosas, é sobre eso dió la tienda al Duque, é partiéronse entre amos por mucho amigos el uno del otro.

CAPITULO LXVI.

De cómo el rey Arquilis de Antioica estaba muy fatigado.

Despachado é muy triste fué Arquilis, rey de Antioica, cuando vió que el conde de Tolosa é Tranquer habian tomado aquellas dos fortalezas á su cargo; bien entendió que de allí adelante non podria hacer gran daño en la hueste; é de otra parte vió que los cristianos se atrevian á ir tener los caminos á las montañas; así que, récuas nin viandas non le podian venir de ninguna parte, é vió que los caballos habian perdido de manera, que pocos hombres habia en Antioica que los tuviese

sen; é sin todo eso, la vianda que tenían era muy poca; que ellos pensaron de primero que los cristianos no se atreverían á los cercar, é non se bastecieron así como lo pudieran hacer; é la vianda que tenían, habían ya comido lo mas della, é cada dia comían quanto podían en ella; é otrosí, los que les venían en acorro despendían mas de lo que hallaban que no de lo que ellos traían. E por estas cosas parecióle que estaba su hecho en dos peligros: el uno, que los moros de la villa se irían con cuita de hambre, é la tomarían los cristianos, no hallando quien la defendiese; é el otro, que los moros mismos, cuando se viesen en gran aprieto, que matarían á él é á su linaje, é que traerían pleito con los cristianos de les dar la villa; é catando todos estos males que ende le podían venir, levantóse un dia de mañana, é fué á su mezquita é hizo su oracion, é desí tornóse para su casa, é vistióse de los mas ricos paños que tenía, é envió por sus hijos é por sus almirantes, é por los otros hombres honrados que en Antiocha había, é aun por los cibdadanos de la villa, é por todos aquellos que entendió que eran de buen seso ó buenos hombres d'armas. E cuando todos los vió ayuntados fizolos asentar en manera que viesen toda la hueste. E despues que esto hobo hecho, comenzó á decir de cómo ganará Antiocha é toda aquella tierra por su esfuerzo é por su seso; otros hechos muchos grandes hiciera, en que fuera siempre bien andante, é que todas las cosas le acaecieran como bienaventurado, porque siempre hobiera guerra con los cristianos é les ficiera mucho mal, prendiéndolos é matándolos tan crudamente, que los niños de teta non les dejaba, que todos no los mataba; é los grandes prendíalos é hacíalos matar ante las mujeres, é desí tomaba él á ellas, é tenía selas, é todos los otros males que les pudiera hacer, que siempre gelos hiciera. Así que, bien cuidaba que á hombre del mundo non desamaban tanto como á él; é sobre esto habían puesto que nunca de allí se partiesen hasta que hobiesen ganado á Antiocha, é que bien sabía ciertamente, si lo pudiesen haber en las manos, que todo quanto oro es en el mundo que non lo guaresciera que non lo matasen á él é á todo su linaje. E todo esto podían ellos ver por sus ojos cómo cada dia se les iban los cristianos mas allegando é haciendo bastidas é apoderándose dellos quanto mas podían; así que, les habían ya quitado todas las salidas del llano é las que iban á la mar, é otrosí las de la montaña; de manera que non les venía vianda ni acorro de ninguna parte del mundo; demás d'aquello, que lo que tenían que lo iban ya despendiendo, de manera que non tenían ya qué comer. Por ende, que sería bien que tomasen consejo ante que viniesen á no poder mas, por que hobiesen de perder á Antiocha; pero que esto no gelo decía él porque el cuerpo é los hijos no pusiese hí fasta que le diesen la muerte ó no defendiese la villa; mas que gelo decía por dos razones: la una, porque entendía que era bien de haber consejo ante que veniesen á lo peor; la otra, que era derecho de enviar al gran soldan de Persia, que era su señor de todos, que les enviase acorro, porque non perdiesen la villa; é por ende, que les rogaba que buscasen hombres entre sí que fuesen en aquel mensaje, é él que les daría todo lo que hobiesen menester. Cuando esto hobo

dicho, comenzó á llorar muy de corazon, é estuvo una gran pieza que non dijo ninguna cosa. Despues que Arquilis, rey de Antiocha, hobo dicho su razon, todos los moros que estaban en el palacio callaron, que no hobo ninguno que respondiese; mas un su hijo, que había nombre Zaifadola (1), levantóse en pié, é díjole que él era su padre é su señor, que él le criara é le hiciera mucho bien, é que entendía que allí era tiempo de gelo servir é de aventurar el cuerpo á muerte ó todo mal que le pudiese venir por salvar á él é guardar su honra; é por ende, que le prometía de ir en aquella embajada. Cuando esto oyó Arquilis, hobo muy gran placer, porque su hijo tan complidamente le prometía su servicio é se ofresciera de ir en aquella embajada tan peligrosa, do ningún otro no osaba ir ni tan solamente atreverse á decirlo; é de otra parte había duelo muy grande é piedad en su corazon, porque su hijo era muy mancebo é non había usado de sufrir trabajo, como él sabía que sufriría en aquella ida, sin el peligro grande de muerte ó de presion que le yacía, é non tan solamente de cristianos, mas de muchos moros que desamaban á él por razon de la cibdad de Antiocha, que la hiciera perder al alquifa (2) de Egipto, é que la tornara al señorío del gran soldan de Persia; é como quier que hobiese muy gran placer por el bien que oía decir á su hijo, é que entendía que quería hacer, de otra parte había muy gran pesar por estas razones que os dijimos; é sobre esto levantóse en pié, é fué á su hijo, é comenzólo de abrazar é de besar, llorando muy de récio, é diciéndole que en aquello conocía él bien ciertamente que era su hijo, pues que se metía á peligro de muerte por guardar á él dello, é que gradecía mucho á Dios porque gelo diera, é de cómo tenía que había bien empleado la crianza que en él había hecho; é por ende, le prometía que, si Dios quisiese que aquel acorro hobiese, porque pudiese defender á Antiocha de poder de los cristianos, que para él la quería, é de allí gela otorgaba por heredad, con todo quanto había. Cuando esto hobo dicho, tornóse á sentar en su lugar, é hizo á su hijo que se asentase á sus piés, é díjole así, que todos lo oyeron: «Hijo, tú vas para traer acorro con que sea descercada Antiocha; é este es muy gran hecho, que non toca tan solamente á mí, mas á toda nuestra ley é á todos aquellos que en ella creyen, porque quiero que sepas que mas luengo te es el camino que tú non cuidas, que no pienses que vas tan solamente al gran soldan de Persia, mas á Corvalan (3) de Oliferna, que es el hombre del mundo á que el Soldan mas ama, salvo á su hijo, que tiene su hecho en poder; que él saca sus huestes é las guía, é por él se acabdillan todos; otrosí, él parte sus dineros cuando algunos grandes hechos quiere hacer; así que, toda su hacienda del Soldan por su mano pasa. E por ende, quiero que primeramente vayas á él, é que le muestres la fatiga en que yo só, é que le digas que le ruego yo, como á cuñado é amigo, que trabaje con el Soldan que me envíe este acorro, é que él venga en él por su cuerpo; que

(1) En otro lugar *Zaifadola*, pero es preferible esta lección. *Zaifadola*, en arábigo, equivale á «la espada del Estado».

(2) Así en el impreso; pero debe ser errata, por *al catifa*.

(3) Hállase también escrito *Corbalan* y *Corvalan*.

bien sé yo que si él viene, que tal gente traerá, é hará de manera porque todos los cristianos que están sobre Apliocha serán muertos é destruidos, é la villa descercada. E esto le dirás lo mas piadosamente que pudieres, é bien sé que te creará; que de la una parte só yo su cuñado, casado con su prima cormana, é eres tú su sobrino; é luego que gelo hobieres dicho, non te detengas mas, é véte para el gran soldan de Persia, do quier que lo halles, é dile que le ruego é que le conjuro por Dios primeramente, é por Mahoma, nuestro profeta, por quien todos habemos de ser salvos, que me envíe acorro, porque Antiocha non se pierda; ca sepa que los cristianos todo su poder hacen por la haber, é son ya tan acerca de nos, como todos cuantos aquí están ven, é ganan cada dia de nos, é nos perdemos. E demás, han conquirido toda la tierra desde Niquea la grande hasta Antiocha é hasta el rio de Eufrates, é juran que desta vegada ganarán á Hierusalén é toda la tierra hasta Meca, é que sacarán á Mahoma del monumento en que está, é que quemarán los sus huesos, lo que Dios non quiera que sea verdad; que si esto fuese, mas valdria que todos fuésemos muertos mil veces, si lo ser pudiésemos. E por ende, es menester, hijo, que tú te apresures en la ida, en ir cuanto mas pudieres. » A esto respondieron todos cuantos eran en el consejo que dijera muy buen consejo; mas que había menester que diese buena compañía á su hijo que fuesen con él. E él estonce, por consejo dellos todos, dióle dos almirantes, el uno había nombre Harlus, é el otro Har-doin, é cada uno de ellos levaba treinta caballeros de los que mas valían en armas, é los mejor ataviados que pudieron hallar en toda Antiocha. E él levó cuarenta otrosí, todos estos bien escogidos; é allí ante el Rey les dieron todas las cosas que hobieron menester, é otrosí ante él fueron fechas las cartas que había de llevar su hijo; é cuando esto fué aderezado, mandóles el Rey que se fuesen. Mas aquellos dos almirantes, como eran hombres cuerdos é entendidos, catando todas las cosas que hí podrían acaescer por que su embajada se podría estorbar, dijeron al Rey que ellos irían con su hijo de buena mente, é recabdarían su mensaje lo mejor que pudiesen, mas que se tenían que por aventura el Soldan que no los querría crear, por dos razones: la una, porque Antiocha era una de las mas fuertes cibdades del mundo, tan bien por el lugar en que estaba asentada, como por la labor que tenía hecha: la otra, porque á los cristianos non los preciaba mucho el Soldan de armas, nin pensaba que tamaño gente allí podría pasar; por que había menester que alguna otra señal enviase, por que el Soldan creyese que era él tan cuidado como enviaba decir. Cuando esto oyó Arquilis, el rey de Antiocha, estuvo cuidando un rato, pero en cabo respúoles que así lo haría, é que él le enviaria tales señales, por do todo hombre debía creer que era así. E luego que esto hobo dicho, sacó de la vaina un cuchillo que tenía muy tajante, é cortó con él una pieza de los cabellos de su barba, é despues envolviólos en un cendal, é diólos á su hijo, que los tomó llorando muy de récio, é así hacían todos los otros que en el palacio estaban con él. E desde esto hobo hecho, fizo traer una loriga é dos espadas, é saetas de

aquellas que ganara de los cristianos, é diógelas, que las mostrasen al Soldan, porque entendiese de qué armas se ayudaban los cristianos que lidiaban con ellos. Cuando esto hobo dicho abrazó mucho á su hijo, é encomendólo á Dios é á todos los otros que con él iban.

CAPITULO LXVII.

Cómo Zaifadola, hijo del rey de Antiocha, fué á pedir acorro al gran Soldan, é cómo encontró Tranquer con los que con él iban, é cómo los mataron, salvo á Zaifadola.

Hora de media noche sería cuando Zaifadola salió de Antiocha, é creyendo que se toparian con algunos de los que rondaban la hueste de los cristianos, non quiso que toda su compañía saliesen yuntamente con él de la villa; mas tomó treinta caballeros consigo, é salió por un postigo que era contra la montaña. E mandó á los otros que saliesen por una puerta de la cibdad, donde acaesció así: que por aquella parte do salían los dos almirantes con los sesenta turcos, rondaba esa noche Tranquer con gran pieza de caballos, é el conde Retrol Dalfas (1), é á la luna que hacía muy clara vieron venir á los moros. E Tranquer, como era muy sabido de guerra, entendió cómo se querrian acoger á la montaña, é salióse adelante á un paso estrecho que hí había, é allí les dió un salto, é desbaratólos de manera, que muy pocos quedaron que todos non fueron muertos ó presos. E aquellos pocos que escaparon, despues que vieron que non se pudieron acoger á la montaña, cuidáronse tornar por aquella puerta por do salieran, é halláronse hí con bien caballeros de cristianos que los mataron todos. E al gran ruido de las voces de aquellos que mataban é ferían, fué toda la villa de Antiocha alborozada, é otrosí la hueste de los cristianos; así que, los moros abrieron bien dos puertas para ir acorrer á los suyos. E los de la hueste, otrosí, salieron una gran parte dellos contra aquella parte do era el ruido. E don Jarran de San Polo, que posaba mas cerca de Boymonte é de Tranquer que los otros, llegó primero allí á una pieza de los moros que salieran por una puerta que abrieron, é maguer él non traía consigo mas de treinta caballeros, é los moros eran bien doscientos, non dejó por eso de irlos ferir. E acaesció así: que de la primera justa que hizo, dió tal lanzada por medio de los pechos á un almirante que era cabdillo de aquella compañía, que dió con él muerto en tierra, é los otros fueron luego desbaratados, é mataron ya cuantos dellos. E sobre eso Zaifadola salió de travieso con su compañía, é cuando vió que los suyos iban vencidos, tiró de un arco é dió á don Jarran tan gran golpe en el escudo, que gelo falsó, é el brazo de amas partes; mas la loriga era tan fuerte, que non gela pudo falsar en los pechos, é por tanto, guaresció de muerte. E don Jarran quisole dar de la lanza, é Zaifadola saltó un barranco, de manera que non lo pudo alcanzar. E en tanto vino una niebla mucho espesa, é partiólos; Zaifadola comenzóse á ir por el camino de la montaña, é los que de aquel desbarato escaparon, metiéronse dentro en la villa é cerraron las puertas; mas Zaifadola comenzóse á ir subiendo por la montaña, é

(1) Quizá el mismo llamado Retrol Dalperchas ó de Alperchas, que es el *Rodreñus Partichensis* de Guillermo de Tiro. En otro lugar se lee *Danfas*.

cuando fué encima de un otero paróse, é cuando vió que non venia su compañía, entendió que eran muertos ó desbaratados. E porque temió que su padre cuidaría que él fué en aquel desbarato, envióle un mensajero por contarle que era vivo é sano. E cuando llegó al Rey aquel mensajero de su hijo Zaifadola hallólo muy cuidado; que de la una parte cuidaba que era muerto su hijo ó preso, porque ninguno non hallaba que le dijese nuevas dél; é de la otra parte veía que las cabezas de los turcos que mataran los cristianos estaban hincadas en palos agudos ante las tiendas; é por esta razon hacia tan gran duelo, que non ha hombre que lo viese que non cuidase que luego moriria; que él torcía las manos é mesaba las barbas, é dábale grandes puñadas en el rostro; así que, todo se cubria de sangre; é maldecía la hora en que naciera é porque tanto viviera, pues que su hijo, que era la cosa del mundo que él mas amaba, era muerto. E diciendo esto, daba muy grandes voces, pidiendo algun arma con que se matase. E mientras él así estaba, llegó aquel mensajero que venia de su hijo, é contóle cómo lo dejaba vivo é sano, é que se iba con aquella compañía con que escapara del desbarato; así que, era bien en salvo, de manera que non había que temer ninguna cosa de los cristianos. Cuando lo oyó Arquilis fué muy ledo, é mandó luego tañer por toda la villa trompas é añafles é atambores, é hizo pregonar de cómo su hijo era vivo é sano, é que ahína vernia, é con tamaña gente, que á todos los cristianos destruiria. E por mostrar mayor esfuerzo, hizo poner muchas señas é pendones por las torres de la villa, é eso mesmo en el alcázar. Mas Zaifadola se iba de la otra parte cuanto podia, haciendo muy gran llanto por aquellos caballeros que perdiera; é tornaba la cabeza muy á menudo, pensando que los cristianos iban en pos dél. E desta manera yendo, pasó toda la montaña negra, é anduvo tanto por montes é por valles, é todo por tierra desierta, por miedo que lo hallarian algunos é que lo matarian, hasta que llegó á la cibdad que dicen Halapa, donde era rey uno que habia nombre Roam. E Zaifadola fué derechamente al palacio do el Rey estaba, é el Rey salió á él primeramente á recibirle, é cuando supo que era su sobrino, hijo de su prima cormana, hobo muy gran placer con él, é preguntóle dónde venia, é qué era lo que demandaba; é él dijole que venia de Antioica, é contóle cómo muy gran gente de cristianos venieran de parte de occidente, é conquieran toda la tierra, é que tenían cercada á Antioica, é era el poder dellos tan grande, que su padre, el rey Arquilis, ni los otros que eran cercados non podian salir á parte del mundo, ni acorro non le venia de ninguna parte; é que estaban tan aflegidos, que no habia hi mas sino que muriesen de hambre ó que entrasen la villa por fuerza. Esobre eso, que iba á pedir acorro por mandado de su padre al gran soldan de Persia. Cuando esto oyó el Rey, su tio, de una parte le pesó por el mal que sufrían los moros, é de otra parte le plugo mucho, porque vió á su sobrino sano é guarido é aparejado de ser valiente; é por eso rogóle que quedase con él ese dia, é él fizolo así; é curó muy bien dél é tóvolo muy vicioso; é otro dia en la mañana, cuando se levantaron, paróronle delante bien doscientos caballos. E Zaifadola escogió uno

récio, que era el mas preciado de toda aquella tierra, é los otros sus compañeros escogió cada uno dellos aquel de que se mas pagó, é comenzáronse á ir; é por do quier que iba preguntaba siempre Zaifadola dó era Corvalan, é porque le dijieron que era con el gran Soldan, dejó de ir buscarlo á Oliferna. E anduvo tanto por sus jornadas, que á cabo de treinta dias que salió de Antioica llegó á una cibdad que habia nombre Sormazana, do era el gran soldan de Persia, que tenia hi su corte muy grande; é ficiera armar sus tiendas fuera de la villa, en los prados cerca unas huertas, é allí venian á él todos los hombres honrados de las tierras en derredor, é aun de otras que eran mas léjos, porque el Soldan hacia aquel dia dos fiestas: la una por Mahoma, que fuera aquel dia alzado por rey primeramente en Balzac, é la otra por fuero é costumbre que pusiera por toda la tierra que guardasen los moros, segun su ley. E porque aquella corte fuese mas rica, mandó el Soldan armar una su tienda muy grande en la huerta en que hacia sus placeres y deleites, que era la mejor que podria ser de casas é de árboles, é de aguas que venian de muchas partes, las unas que nacian en el lugar naturalmente, é las otras que hacian venir por caños de muy léjos; é la tienda en que el Soldan estaba era toda de sirgo, muy ricamente labrada de labores de muchas maneras, con oro é con plata, é el tendal de la tienda era de aciprés é todo cobierto de plata. E la cuenta, otrosí, era cubierta de oro é con piedras preciosas muy grandes é muy ricas á maravilla; al un cabo de la tienda, contra la parte de mediodía, habia una casa pequeña, hecha como alcoba entallada de marfil é de alhémis muy ricamente; é allí estaba el Califa, que es como apostólico de su ley, é predicaba al pueblo é hacia sus oraciones, rogando á Dios por ellos. Del otro cabo de la tienda, en derecho de aquella casa, estaba el gran Soldan asentado en una silla de oro con piedras preciosas; así que, la corona que tenia en la cabeza, con la silla é con aquellas vestiduras, bien lo apreciaban en treinta mil marcos de oro. E cuantos hombres honrados habian en la tierra estaban en pié en derredor, vestidos muy ricamente, é cada vez que el Califa alzaba la voz loando á Dios, dejábanse todos caer en tierra é hacian oracion. Mientras ellos así estaban, entró por la tienda Zaifadola con aquellos que venian con él, é entrando, comenzó á dar muy grandes voces, diciendo que non adorasen en Mahoma, ca non habia en él provecho ni bien ninguno, ni Dios non hacia por él nada. Cuando los moros esto oyeron, dejáronse todos correr á él por le matar; mas el Soldan, que era hombre bueno é cuerdo, dióles muy grandes voces que lo non hiciesen, é fizolo venir ante sí é preguntóle quién era, ó dónde venia, ó qué demandaba; é él dijole su nombre, é cómo era hijo del rey de Antioica, é que veniera, por mandado de su padre, á le demandar acorro; que los cristianos habian ganado toda la tierra hasta Antioica, é que la tenían cercada, que non podia entrar un hombre ni salir otro, ni les venia acorro de ninguna parte. E sin todo esto, habian ya comido cuanto tenían; así que, pocos habia en la villa que toviesen que comer; de manera que la gente menuda, los unos morian de hambre, é los otros salian é cativábanlos; é los honrados hombres de la

villa, los mas dellos eran muertos, los unos por enfermedades, é los otros salian á hacer armas en la hueste é matábanlos; así que, pocos quedaban que guardasen la cibdad; é demás, que los cristianos habian gran ventaja sobre ellos; lo uno, porque andaban muy bien armados é sabian sufrir hambre é sed é todo trabajo, é cualquier tiempo que les hiciese, muy mejor que ellos, é tanto daban por estar fuera en el campo como por estar en casas; é sin todo esto, traian muchos balles-teros, que echaban saetas flacas, así como de los arcos, que de cada golpe los mataban como si fuesen palomas ó otras aves. Por lo cual habia menester en todas maneras que los acorriesen luego; si no, que supiese que los cristianos tomarian la villa por fuerza, ó cuando él llegase á su padre diria que gela diese; que, pues Dios queria que los cristianos toviesen toda la tierra, non habian ellos por qué gela embargar nin por qué perder los cuerpos é las haciendas. Cuando esto oyó el Soldan, pesóle muy de corazon, de manera que la fiesta, que hacia muy grande é con placer, tornó en lloro, é esto mesmo hizo el Califa é cuantos hi estaban; é mandaron luego que se asentasen todos é que callasen. É hicieron al mensajero que contase otra vez todo aquello que habia dicho, é él fizolo así; é despues que gelo hobo contado, tan bien de su linaje como de la fatiga que pasaran é de la en que eran, dijoles aun mas: que creyesen que los cristianos non comenzaran aquello por tan poco; mas, segun él pudiera conjeturar é saber en verdad, su voluntad era de conquistar á Hierusalén é á toda la otra tierra, é no holgar hasta que llegasen á Meca, é cuando hi fuesen, de desenterrar á Mahoma é quemar los sus huesos, é los grandes candelarios de oro que están ante él llevarlos dende, é ponerlos ante el sepulcro de Jesucristo. Cuando esto oyó el Califa é el Soldan é los otros que hi estaban, hobieron de una parte gran miedo é de otra grande piedad; que miedo se les hacia é gran espanto de las armas que les mostraba aquel que las traia, é de los grandes hechos que acabaran con ellas; é de otra parte habian gran piedad del mal que habian sufrido los moros. Mas el Soldan, por conhortar á sus hombres, dijo á Zaifadola que de dos cosas non podia ser que non hubiese la una: ó muy gran miedo que tenia consigo, ó que bebiere mucho vino sin mesura; que de otra manera non se atreviera á decir tan gruesas palabras como decia contra Mahoma, su profeta, é contra su ley. Cuando esto hobo dicho el Soldan, tornáronse á reir todos los que hi estaban; mas non les duró mucho esta alegría; que luego entró por la tienda Zuleman, el que fuera rey de Niquea la grande, bien con cuarenta compañeros, que non habia ninguno dellos que non fuese almirante ó alcaide honrado, mas todos venian muy mal trechos; que dellos hi habian perdidas las manos ó los piés de golpes de espadas, é dellos los ojos é otros miembros. E el que menos llagas traia eran de dos arriba, muy grandes; así que, todos aquellos que los veían juzgaban que luego habian de morir, estando en aquel lugar, segun la flaqueza é el desmayo que mostraban; é desta manera entraron ante el gran Soldan. E Zuleman, que entró primero, comenzó á desvolver una toca que tenia en la cabeza é á mesarse la barba muy de récio, é diciendo

cuánto servicio habia fecho á Mahoma despues que supiera tomar armas, é cómo venieran los cristianos é le tomaran á Niquea é toda la otra tierra que él habia, é cómo le vencieran tres veces en batalla, las dos defendiendo lo suyo, é la tercera cuando venia acorrer á Antioica, é le habian muerto dos hijos é todos los mas de los mejores parientes que habia; así que, non le quedaran mas de aquellos que allí trujera, que hombres fuesen de cuenta, é de aquella manera llagados, como podian ver. Cuando esto hobo dicho, tornóse á mesar la barba é darse muy grandes puñadas en el rostro é en la cabeza, é á hacer el mayor llanto que podia. E desde Zuleman hobo acabado, tornóse Zaifadola á contar el suyo, é á contar cuantas malandanzas hobiera su padre desde que los cristianos vinieran á cercar á Antioica fasta que él se ende partiera. E desde las hobo contado, sacó de la bolsa un paño de cendal, en que traia envueltos los cabellos de la barba que le diera su padre, é mostrólos al gran Soldan, llorando muy de récio é diciendo á grandes voces: «Esto te envia mi padre, en señal que creas que ha perdido todo su bien é su honra, é la mayor esperanza, si tú no le acorres ó no le haces acorrer; é tú habrás perdida la cibdad de Antioica é tan buen vasallo como él es, sin toda la otra buena gente que se perderá. E esto será una de las mayores pérdidas que nunca rescibió la nuestra ley despues que Mahoma la hizo.» Cuando Zaifadola hobo dicho esta razon, el Soldan é todos los otros que hi estaban abajaron las cabezas é estuvieron pensando una gran pieza, que ninguno non habló. E mientras así estaban, Zuleman, el que fuera rey de Niquea la grande, comenzó su razon otra vez, é dijo contra el Califa é contra el gran soldan de Persia: «Señores, desta hueste de los cristianos mas os puedo yo contar de la verdad que hombre del mundo; que Zaifadola non la vió sino desde que llegó á Antioica, é yo la vi desde que pasó el brazo de San Jorge, é vila estar posada cuando tornaron á Niquea, é vila andar cuando me tomaron la tierra, é otrosí cuando me vencieron en campo bien tres veces, como vos ya dije. E bien vos puedo decir seguramente que los que hi andan han cuatro cosas. Ellos son muy gran gente é muy buena é muy bien acabillados, é otrosí muy bien aderezados de armas é de todo lo otro que han menester.» Cuando Zuleman hobo dicho su razon, Corvalan de Oliferna, que era alguacil mayor del Soldan, el mas honrado hombre que habia, como aquel que tenia todo su hecho en mano, é era señor de todos sus caballeros, respondió contra Zuleman muy sañudamente é en desden, é dijole: «Si esto que dices tú es verdad, que tan grande daño has recebido de los cristianos, non fué sino por tu cobardia; yo lidié con ellos en el campo de Civitor, que es cerca de Niquea, é esto sabes tú bien cómo te acertaste ahí, é non tenia yo treinta mil hombres á caballo conmigo, é ellos eran mas de sesenta mil, é otra muy gran gente de pié, é hóbelos á todos, que presos que muertos, que ninguno escapó dende, sinon algunos pocos que se escondieron hi, é aun hoy dia tengo los mejores dellos en mi presion. E vos contades la vuestra gente en cien millares, así como yo cuento á mil, é decis que os vencieron é os quitaron toda la tierra é que os echaron